

# La hipocresía: tolerancia o respeto

Jaime Augusto Shelley



DECÍA EL *PADRECITO* ARISTÓTELES que no tenía sentido firmar tratados, puesto que era seguro que alguno de los signatarios, más pronto que tarde, habría de quebrantarlos. Son instrumentos engañosos que le sirven a uno para ganar tiempo mientras su oponente se relaja.

El diccionario de la Real Academia Española dice de la palabra *tolerar*: “(del latín: *tolérare*) tr. 1. Sufrir, llevar con paciencia. ll 2. Permitir algo que no se tiene por lícito sin aprobarlo explícitamente. 3. Resistir, soportar”.

Cuando se dice que se es tolerante, en realidad se está asumiendo de manera automática una superioridad, a partir de una concepción mayoritaria, como en el caso de los criollos respecto a los indios, o de la mayoría blanca respecto a los negros. Si de religión se tratara sería, en el caso mexicano, de los católicos respecto a las demás creencias, cristianas o no, existentes en el país. Y todo el mundo tan contento y satisfecho porque tolera su existencia, incluso se padece *cristianamente* por ello. Aunque, claro, no siempre.

Si los patrulleros policíacos ven una noche caminado por las calles de la ciudad a un negro, se le van con todo. Y lo matan, nomás porque sí. No parece haber una explicación racional para su comportamiento. Lo vieron distinto, *otro*, en su diferencia de color. Y pensaron abusar de él, presa fácil, y algo salió mal. El absurdo llevado a su máxima expresión. Porque una cosa es *tolerar* y muy otra, *respetar*.

Se toleran los taxis piratas, los homosexuales, las *zonas rojas*, considerando que son una especie de “mal necesario o inevitable”. Recordaba José de la Colina, en un artículo aparecido en un número de *Laberinto*

(25/06/11), del periódico *Milenio*, dedicado a la nostalgia de los cines de barrio, a los pederastas que asolaban las matinés. Eran una auténtica plaga. Parecía que las funciones estaban hechas para que estos sujetos enfermos cumplieran sus deseos. El cine era la única diversión de carácter masivo cotidiana que existía en la ciudad, y se tenían que tomar precauciones para asistir, como ir en grupo para evitar que se acercaran. Alguna vez presencié que a uno le pusieran una madriza de Dios Padre. Y nadie nunca exhibió el asunto en los medios: no se reportaban tales incidentes.

Resulta repugnante el manejo hipócrita de nuestra sociedad en muchos órdenes. Ese pensamiento adquirido desde la Conquista que dio por establecida la superioridad de los europeos sobre los indios, que obviamente iba emparentada con la diferencia social y económica, prevalece hasta nuestros días y es una de las bases en que se funda nuestra brutal desigualdad social. Los criollos (los actuales) siguen ejerciendo una dominación avalada por todos los poderes, gubernamentales, eclesiásticos y de los medios, en especial la televisión, con su publicidad a base de muñecas rubias para el diez por ciento de los compradores de ingresos altos.

Se trata, en verdad, de un nutrido grupo, de ideología neoliberal, de aspiraciones oligárquicas, de supuestas creencias católicas, que se dedica a destruir toda herencia proveniente de la Revolución, a la cual culpan de esta insufrible existencia empresarial llena de obstáculos en su camino para alcanzar su sueño de ser, como los estadounidenses, una plutocracia con cara democrática. Romper todas las barreras que impidan el libre acceso de las inversiones, alcanzar la globalización a toda marcha, ser socios de los más poderosos, no tener que hacer nada, para volver a ser como antes, rentistas parásitos al margen que reciben prebendas sin tener que mover un dedo. Son católicos devotos que exprimen hasta el último aliento de sus trabajadores, con salarios ínfimos, que dejan morir de hambre a los niños y a los viejos. *¡No más gastos superfluos!*, gritan.

El Estado no debe gastar en programas sociales ni educativos: no es prioritario. Hay que pensar en el progreso, en las inversiones productivas, en el costo-beneficio a corto plazo. Se habla orgullosamente de las reservas de divisas más altas de la Historia, pero no de la deuda pública que las supera por mucho. Se hacen obras en sociedad con empresas privadas, pero no se

Mural del comedor Regina en el Centro Histórico. Fotografías: Alejandro Arteaga





dice que se pagarán con el dinero de los contribuyentes que, además, deberán desembolsar para usarlas.

Más de la mitad de la población vive en la pobreza y, dentro de ésta, la pobreza extrema sigue creciendo en la proporción numérica. Los servicios de salud son cada vez más deficientes (*No hay recursos*, explican), así como los de educación y vivienda. Son más de treinta años de expoliación sangrienta de la sociedad. Y no se mueve un dedo. Todos buscan sobrevivir, si acaso. Cada quien para sí.

Un ejemplo: viene un amigo provinciano de visita a la ciudad de México y quiere divertirse. ¿Qué se le puede recomendar? ¿Un cine? *Ya las vi, allá llegan las piratas antes de que las pongan en las salas.* ¿Un paseo por el Centro Histórico? *Ya fui la otra vez, no han cambiado más que las exposiciones y de pintura sé muy poco y, además, es cansado.* ¿Qué tal ir al teatro? *Si no*

*tiene encueradas, mejor ni voy.* El mexicano acabó por relacionar, a base de repetición, el fenómeno escénico con los bodrios que los “comediantes” de la televisión llevan de gira por las plazas del país, con estrellitas de efímera trayectoria, bien dotadas en su carnalidad, por medio de operaciones que a veces les cuestan la vida, cantantes que no cantan y cómicos que no hacen reír. No queda mucho más que hacer. El teatro de verdad es para un grupo selecto, refinado, que también a veces se aburre. ¿Un *table-dance*? ¡*Cómo crees!, me mata mi mujer si se entera.*

Nada que hacer. El único aburrimiento compartido en estos días es la televisión. No hay dinero para más.

Y luego está la inseguridad. No se puede andar por allí, da miedo.

Los taxis se legalizaron y los homosexuales también. Dejaron de ser *tolerados* para insertarse o intentar



hacerlo normalmente en la vida social. Siempre ha habido homosexuales yendo y viniendo por allí, sobre todo en el mundo de la cultura y el espectáculo. Sólo que (supongo) desde el escandalito de la época porfiriana, se tuvieron que volver invisibles si querían pertenecer a los grupos de poder, sobre todo, los políticos. No han hecho como sus admirados modelos yanquis, que con tal de aparecer en las portadas de las revistas exhiben sus inclinaciones. Otro caso muy aparte son las lesbianas. De ellas, por pudor, no se habló nunca. El pensamiento machista creía (¡esto de las creencias!), que “si existían” era porque experimentaban episodios pasajeros, tonterías que un buen acostón podía resolver sin mayor problema. Hasta que su denominación (por influencia yanqui, como siempre) cambió a *movimiento gay*, aparecieron sus voceras y se formularon acciones colectivas de defensa. Pero en realidad, siguen mayo-

ritariamente en el clóset, aunque se alcanza a ver en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, ocasionalmente, a parejitas dándose tremendo entrón de besos y apretujones sin importarles un bledo la presencia de los demás. No en vano es la Universidad el semillero del futuro.

Y eso nos deja, en el mundo de la tolerancia y el respeto, con el problema de curas y Obispos, pederastas y empresarios, sin olvidar al de la Legión de Cristo y sus secuaces, muy por encima de la nomenclatura eclesiástica. ¿Nadie va a investigar sus muy seguros vínculos con el narcotráfico? Porque sucede que ellos se mueven en círculos de poder en todos los órdenes, subrepticamente, en complicidad con el dinero, y sus acciones afectan al conjunto de la sociedad en muchos planos. Y es que es, como dice el divertido Charles Baudelaire: *¡Lector hipócrita, hermano mío!* ▲